

MOLINA CAMPOS, Enrique. *Teoría de la biblioteconomía*. Edición póstuma a cargo de Rafael Olivares, Granada, España : Universidad de Granada, 1995. 282 p. ISBN 84-338-2116-4.

Reseña elaborada por:  
FELIPE MENESES TELLO

## Reseña

Esta obra traza una amplia y profunda interpretación teórica en torno de importantes problemas y categorías capitales de la bibliotecología, tales como: Precisiones terminológicas; Biblioteconomía tradicional y biblioteconomía científica; Biblioteconomía científica: orígenes, desarrollo y situación en el ámbito de la ciencia contemporánea; Definiciones de la Biblioteconomía y esquema definitorio de la biblioteconomía científica; La biblioteca como sistema; La catalogación; La clasificación; La indización; La recuperación de información; y La automatización. Cada rubro integra un capítulo.

Según el autor, se trata con toda probabilidad de la primera obra en español que intenta establecer una Ciencia de la Biblioteca; en otro término, una bibliotecología científica. Las diversas observaciones y deducciones que muestra Molina Campos ponen en entredicho a importantes autores españoles y norteamericanos, pero también reconoce plenamente los aciertos de algunos estudiosos de esas u otras latitudes, como los italianos y alemanes, entre otros. A continuación se apuntan ciertas reflexiones, quizás las más relevantes (aunque no las únicas), que constituyen el cuerpo de la obra.

Molina Campos parte de unas “precisiones terminológicas”, las que tienen como propósito evitar el uso de vocablos impropios (teoría, principio, teórica, axioma, sistema, práctica, epistemología, ciencia, técnica y tecnología) por parte de quienes se dedican al estudio e investigación científicos de la bibliotecología, esto es, “el especialista en la infraestructura científico-teórica de la disciplina” y cuya formación académica ha sido particularmente bibliotecaria.

Más adelante, el autor hace un breve análisis de dos tipos de biblioteconomías: 1) la tradicional y 2) la científica. La primera, “vetusta y consuetudinaria”, se distingue por las viejas prácticas bibliotecarias; es decir, por las funciones custodial, inventarial; carente de bases teóricas y teóricas; nula de principios, de leyes y de hipótesis para proceder a realizar investigación. Esta clase de biblioteconomía perdura hasta el siglo XIX. A la segunda, a la nueva biblioteconomía, la define como “la ciencia del orden, de un conjunto de órdenes aplicados a documentos y a noticias”; en este nuevo estadio disciplinar, “el bibliotecario ya no es ni un artesano habilidoso ni un erudito pedagogo”, es “un técnico”, “un especialista de los procedimientos de mediación catalográfica y bibliográfica”. Reconoce a Martín

Schrettingen, bibliotecario alemán, como el creador de la Ciencia de la Biblioteca durante los albores del siglo XIX. Abundante es el capítulo dedicado al estudio de la cientificidad de la biblioteconomía, en donde se citan con especial atención los nombres de figuras importantes: Calimaco de Cirene, R. Fournival, J.K. Koch, D. Rossetti, G. Naudé, G.W. Leibniz, P. Otlet, A. Serrai, E. Currás, J. López Yepes, J.H. Shera, F.W. Lancaster y varios más.

Interesante es, asimismo, la parte sobre el significado del término Biblioteconomía Científica. El autor acude a múltiples fuentes semasiológicas y enciclopédicas para analizar cuidadosamente los diferentes conceptos que se han vertido al respecto. Determina algunos de ellos como vagos e inexactos; otros como poco rigurosos e insuficientemente ilustrativos. No obstante, nos orientan hacia una “certeza de la cientificidad de nuestra disciplina”. La reflexión de Molina Campos es, en este sentido, bastante analítica y crítica; y entre las conclusiones que apunta al respecto, cabe mencionar textualmente las siguientes: “1) Por su significado tradicional y por las implicaciones del sufijo ‘nomía’, el término biblioteconomía no responde al concepto científico de nuestra disciplina. 2) Con criterio estrictamente etimológico, el nombre que debería llevar la biblioteconomía científica es el de bibliotecología”. La definición que formula y fundamenta de esta área del conocimiento, “nada novedosa” escribe el autor, es la siguiente: “Ciencia y técnica de la organización que media entre el depósito de informaciones registradas y el uso individual o social que se hace de ellas”.

Se puede afirmar, por otra parte, que la biblioteca es un sistema en cuanto que presenta tres atributos esenciales: 1) objetivos que debe cumplir, 2) relaciones que median entre los elementos que la constituyen y 3) el ambiente creado por todos los objetos que influyen en ella. De esta manera, el autor pone énfasis en el concepto de biblioteca como sistema a través de la articulación de: colección–uso, catálogos-usuarios, objetivos-satisfacción de demandas, eficiencia-costos, y otras relaciones. Acorde con Molina Campos, un sistema bibliotecario, independientemente de su naturaleza, tiene como misión no sólo satisfacer las necesidades de información “sino también promoverlas y estimularlas”; desde esta arista, el autor conceptúa al usuario como “la figura clave del sistema, porque es a la vez raíz y meta del mismo”, es quien “determina...la fisonomía de una biblioteca”.

En relación con los métodos, técnicas e instrumentos de la ordenación documental, en lo que se refiere a los procesos de catalogación, clasificación e indización, el autor hace abundantes y claras explicaciones en torno a las fronteras y características de cada actividad; así como sus vinculaciones operativas e impactos en “el encuentro usuario-documento”, fenómeno en el que se finca principalmente esta tríada científica del ordenamiento bibliográfico.

Analiza con rigor el tipo y las condiciones estructurales y funcionales de los catálogos; y critica severamente los niveles lógicos de la catalogación de los que tanto “se ha envanecido el pensamiento biblioteconómico moderno”. Por lo que respecta a la clasificación, el problema comienza desde “los matices semán-

ticos” del vocablo en castellano al presentar “una disemia” en el intento de diferenciar el significado entre la creación de un sistema de clasificación y la aplicación de ese esquema a un conglomerado de objetos-documentos. La primera es científica, mientras que la segunda es una técnica. En otras palabras, la primera “es obra de creación conceptual individual; la segunda, es tarea aplicativa aprendida y ejecutada colectivamente”. Molina Campos se ocupa del esclarecimiento de la tarea creativa, esto es, de la clasificación propiamente dicha.

En el marco de la fenomenología del orden bibliotecario, el autor considera a la indización como otra de las operaciones científicas en el ámbito biblioteconómico, indicando una estrecha relación y simultaneidad con la catalogación y clasificación. Acerca de este proceso se distinguen los descriptores y los encabezamientos de materia de las palabras clave como símbolos lingüísticos, portadores de signos identificatorios que llevan al usuario a la localización y transmisión del documento requerido. Los dos primeros se caracterizan porque son términos seleccionados a partir de una normalización que permite evitar equívocos; las palabras clave son vocablos escogidos libremente del título o del contenido de los documentos con el mayor peso informativo. En suma, la indización es el proceso portador de “mensajes lingüísticos” que la biblioteca crea como sistema de orden documental que es. Desde esta perspectiva, Molina Campos plantea varios postulados que invitan a la reflexión y a la duda metódica sobre dicho fenómeno.

Otro de los puntos que analiza nuestro autor es el concerniente a la recuperación de la información. Este proceso, afirma, se forma por “dos conjuntos: el conjunto de los documentos, representado y mediado por la organización catalográfica, y el conjunto de las demandas de los usuarios”, entre los que establece las categorías de documentos “pertinentes” y “no pertinentes”, explicándolas textual y matemáticamente.

El último capítulo de la obra, la automatización, presenta algunos aspectos sobre la utilización de los ordenadores en el terreno bibliotecario y documentario. En este contexto el autor identifica tres perfiles: “1) automatización total o parcial de los procedimientos corrientes, sin modificaciones sustanciales del sistema; 2) creación de un sistema centrado en las posibilidades que el ordenador ofrece como instrumento de mediación y de interacción entre documentos y usuarios; 3) realización de conexiones y de canjes bibliográficos”. No obstante, uno de los mayores retos que distingue el autor en torno de la “biblioteconomía electrónica”, pendiente aún, es la elaboración de programas que resuelvan los problemas del depósito y de la recuperación de información semántica. Finalmente, a pesar de los cambios producidos por las tecnologías computacionales, el personal bibliotecario “ha aprendido que no todo lo que se puede hacer, se debe hacer”.

En resumen, Molina Campos se empeñó mediante su obra “en consolidar una biblioteconomía científica” para los hispanoparlantes. La abundante y profunda prosa que constituye cada uno de los capítulos exige una sólida formación

bibliotecaria y, asimismo, una extremada concentración. En ocasiones, es menester, para una cabal comprensión, releer algunos párrafos. La bibliografía que cita a lo largo del libro está dividida al final en dos partes: la general y la específica. Acorde con el nivel del contenido de la obra, se recomienda principalmente para cursos de posgrado.